



Antimodernismo

¿La fuente de todo mal?



Susan Neiman

(Traducido del alemán por IVÁN A. MUÑOZ)



ANTIMODERNISMO, ¿LA FUENTE DE TODO MAL?*

SUSAN NEIMAN**

Traducido del alemán por IVÁN A. MUÑOZ

Palabras clave: Antimodernismo, Cuadernos negros, Heidegger, Ilustración, Universalismo.
Keywords: Antimodernism, Black Notebooks, Heidegger, Illustration, Universalism.

Cada vez sabemos más sobre el entusiasmo nazi de Martin Heidegger, por eso tenemos que tematizar su antimodernismo. Lamentablemente está nuevamente de moda.

¿Hasta qué punto guardan relación la filosofía de Martin Heidegger con su giro hacia Adolf Hitler y hacia el nacionalsocialismo? Entre más sabemos, más apremiante se nos hace la pregunta. Las últimas revelaciones destruyeron la imagen del pensador genial que no tenía tiempo para los detalles de la historia humana. Las cartas a su hermano Fritz, recientemente publicadas, tampoco dejan lugar a la duda de cuán exactamente Heidegger seguía los hechos de su tiempo¹. La ocupación con la historia del ser no le impidió anotar exactamente la fecha de la revocatoria de su permiso para enseñar ni describirlo como una “brutalidad que supera a las de Hitler en astucia”. El último tomo de los *Cuadernos negros* contiene entre anotaciones que parecen interminables sobre ser [Sein], Ser [Seyn]² y pensar, una serie de declaraciones producidas por el resentimiento que degradan a Heidegger de eminencia a imbécil –si no ponen al desnudo incluso algo infantil o demencial.

Luego de que los pensamientos de Heidegger sobre el “judaísmo mundial” se dieron a conocer, pensamientos que apenas se diferencian de los escritos de un Goebbels, los especialistas internacionales discuten sobre qué tan antisemita es en su núcleo la filosofía de Heidegger. Mas, en lugar de especular si el antisemitismo de Heidegger es del tipo racista o del tipo historia-del-ser, debiéramos de usar las últimas publicaciones para formular preguntas mucho más esenciales. Ciertamente, las quejas de Heidegger sobre la “carga de trabajo” que lo agobiaba, luego de que tres filósofos judíos fueran separados de la facultad en Friburgo, delatan una frialdad pasmosa.

No obstante, me molesta menos su habladería despectiva sobre “judíos y viejas” que su descripción de la modernidad como un “abuso incondicional”. Pues, aunque el antimodernismo la mayoría de las

* Traducido del alemán por Iván A. Muñoz. Miembro de los Grupos de Investigación “Ágora Latinoamericana”, IADAP y Hermes. ivalex32@yahoo.com

** Este artículo fue publicado originalmente en el semanario alemán *Die Zeit* (45) del 27 de octubre de 2016. Susan Neiman es actualmente directora del Einstein Forum en Postdam, fue profesora de la Universidad de Yale y de la Universidad de Tel Aviv. susan.neiman@einsteinforum.de. El artículo puede ser consultado en <https://www.zeit.de/2016/45/antimodernismus-martin-heidegger-nationalsozialismus>

1 Cf. Semanario *Die Zeit*, 43. El semanario reprodujo algunas de las cartas de Martin Heidegger a su hermano Fritz bajo el título “Te envío el nuevo discurso de Hitler”, título tomado del fragmento de una carta de 1932. La primera carta (18-XII-1931) habla del regalo de navidad que Martin Heidegger hace a su hermano: un ejemplar de *Mi lucha*. “No se trata ya de la pequeña política de partidos, sino de la salvación o del hundimiento de Europa y de la cultura occidental. Quien tampoco ahora haya comprendido esto, merece ser pulverizado en el caos”. Para el día del santo de su hermano (2-III-1932) Heidegger le envía otro libro de propaganda nazi, *Alemania en cadenas* de Werner Beumelburg, y nuevamente se deshace en elogios por el movimiento nazi y ataca a los que no captan que sería la única salvación: “Hoy hay solo una línea clara que separa tajantemente los de derecha y los de izquierda. Insuficiencia es traición”. Las cartas de la selección conservan el tono entusiasta hasta 1933, luego la selección salta a 1941, donde comienza el tono pesimista: las quejas sobre el americanismo y la modernidad (1941), la prohibición de publicar (1943), la desnazificación (1945) y falta de pensamiento sobre lo acontecido (1946). (N. del T.).

2 Franco Volpi, en el texto publicado en 2010 *Martin Heidegger. Aportes a la filosofía* (Madrid: Maia ediciones), aclara la diferencia entre los dos términos: “por lo que respecta a *Sein* o *Seyn* en castellano [...] Heidegger usa la primera grafía para referirse al concepto tradicional, la segunda, en cambio, para su propio concepto de Ser, aunque no siempre de manera coherente”. (N. del T.).



veces guarda relación con el antisemitismo, el ataque de Heidegger a la modernidad perdura hasta el día de hoy y tiene sus momentos de coyuntura. El antisemitismo no es realmente presentable en sociedad, mientras que el antimodernismo casi que domina en todo encuentro social. Quien hoy intenta defender la modernidad, cosecha en el mejor de los casos un asombro cortés.

La idea de que la modernidad es la historia de una decadencia está ya presente en Nietzsche y fue – ¿a quién le asombra? – casi ineludible después de la Primera Guerra Mundial. Y no solo se extendió esta desesperación entre los perdedores de la guerra. A los filósofos les correspondió, si no ya señalar una salida a la crisis, al menos determinar cuándo comenzó la crisis. Si la civilización occidental pudo desembocar en semejante desastre, era conveniente hacer patente las raíces de esta civilización y de ser posible, erradicarlas.

Este anhelo de pureza no estaba en modo alguno extendido solo entre los pensadores de la derecha; también los críticos más agudos de Heidegger compartían su deseo de buscar en los griegos el comienzo de la decadencia: lo que significó Sócrates para Heidegger fue Odiseo para Adorno y Horkheimer. ¿Quién se atreve hoy a valorar los méritos de estos personajes de la antigüedad? En un tiempo en que todo lo heroico estaba por los suelos, los filósofos no podían ya reconocer lo heroico en Sócrates y Odiseo.

¿Cómo puede ocurrírsele a uno que la modernidad –ya en los griegos o en su culmen, la ilustración– sea la fuente de toda nuestra desgracia? El propio Horkheimer confesó luego que una ilustración en el sentido kantiano nunca había tenido lugar. No obstante, Horkheimer contribuyó sustancialmente a reforzar la imagen de la ilustración como enemiga de mundo y amiga de la técnica –una imagen negativa que hoy todavía algunos valoran en Heidegger. No se requiere siquiera de mentes eruditas para saber que la ilustración no solo es más compleja que las caricaturas que circulan sobre ellas; la mayoría de las veces es lo contrario de estas tergiversaciones. Un libro de bolsillo del *Cándido* de Voltaire basta para ver que las más importantes objeciones a la Ilustración provienen del propio corazón de la Ilustración. Aquí se le hace claro al lector que la ilustración misma la emprende contra todos los clichés que en su tiempo circulaban sobre ella: la ilustración no sostiene que la naturaleza humana sea perfecta, ni el progreso obligatorio, ni la razón ilimitada, ni la ciencia infalible.

Ante todo, el concepto de razón de Kant no es ni frío ni vacío ni instrumental. Kant rechazó con decisión el concepto mecánico de razón de los racionalistas, no solo porque este concepto de razón no estuviera en condiciones de explicar el mundo, sino ante todo porque este concepto de razón ni es libre ni puede promover la libertad. Pues esta es la tarea de la razón: ella no se opone, como se quejan los antimodernistas, a la naturaleza, sino a la autoridad que defiende su poder reservando para una pequeña élite el derecho a pensar. Indudablemente los ilustrados estaban conscientes de que la razón tenía límites, pero no estaban dispuestos a cederle a la élite la determinación del límite. Los ilustrados estaban así en condición de poner en cuestión la esclavitud, la pobreza y la tortura –que hasta entonces se consideraban naturales–. La encarnación del concepto ilustrado de razón no es pues el tecnócrata poseído por las reglas, sino el Figaro seguro de sí mismo de Mozart, que emplea su propio entendimiento contra la aristocracia para hacer realidad su pasión natural.

Incluso aquellos que tienen que conceder que el concepto de razón de la ilustración no se limita en modo alguno a la técnica o a la matemática, en su mayoría están de acuerdo en que la ilustración hace imposible toda forma de veneración. Tanto oponentes como defensores de la modernidad consideran



la ausencia de veneración [Ehrfurcht] y respeto [Achtung] como el núcleo de la ilustración, pues esta querría ponerse a ella misma en el lugar de Dios.

El desprecio de Heidegger por lo público

También esto último es erróneo. En tiempo de la ilustración podía un hereje como Voltaire arrodillarse sin problema frente a un amanecer en Los Alpes, pues para él se trataba, en primer lugar, de denunciar crueldades teológicas e históricas que blasfemaban tanto contra el creador como contra la creación. Y según Kant, habría enmudecido el rey David frente a Newton, pues el salmista sabía muy poco sobre la maravilla de la creación. La delimitación que hizo Kant de la razón era una reverencia frente a todo aquello que superaba nuestro pensamiento, y tal veneración tenía más de un opositor –ella combatía burla, irrespeto, indiferencia y envidia–. Ella contenía admiración, pero ante todo agradecimiento: por el ser mismo y por el hecho de que uno vive para experimentarlo.

El núcleo de la ilustración es el universalismo que está bajo sospecha tanto por parte de la izquierda como por parte de la derecha. La afirmación de Carl Schmitt “quien dice humanidad, quiere engañar” es aceptada por ambas partes. Mientras que solo algunos pocos de derecha hacen propaganda a la historia nacional del ser de cuño heideggeriano, hay muchas voces de la izquierda convencidas de que el universalismo solo brinda la coartada al eurocentrismo. De hecho, el universalismo no proviene del deseo de eliminar todas las diferencias entre humanos o pueblos, sino que deriva de la exigencia de que cada cual debe tener el mismo derecho y el mismo deber de pensar por sí mismo.

El universalismo tampoco debe ser confundido con tolerancia. Sin duda es mejor tolerar al vecino en lugar de quemarlo en la hoguera, pero la tolerancia es tan vacía como incapaz. Se tolera lo que no se aprueba, más grave aún, se tolera aquello contra lo que no se puede hacer nada: la música en el apartamento vecino, el hedor en la estación de metro que para los alcohólicos hace las veces de baño. La tolerancia entraña un dejo de impotencia. ¿A quién asombra que este concepto, ponga furiosos a los radicales de derecha?

En lugar de tolerancia, el universalismo debería más bien hacer énfasis en las posibilidades que se nos abren cuando estamos preparados para aprender de cualquier ser humano, igual cuál sea su origen. Exactamente esto hicieron los mejores pensadores de la ilustración. No solo fueron los primeros que condenaron el eurocentrismo y el racismo, también pusieron el fundamento teórico para el universalismo sobre el cual tiene que basarse toda lucha contra el racismo.

Si los ataques a la Ilustración apuntan la mayoría de las veces a hombres de paja, ¿por qué son tan obstinados y siempre se repiten? Llamen la atención los parecidos entre la crítica de Heidegger al racionalismo vacío y ajeno a la vida, y las voces contra la ilustración que han acompañado la ilustración desde su comienzo, desde el siglo XVIII. El desprecio de Heidegger por lo público es solo un ejemplo de cómo un pensamiento elitario se siente amenazado. Es cierto que la ilustración –como toda corriente de pensamiento influyente en la historia de la cultura– también fue abusada. La manera más inofensiva para historia, pero la más fatal para la filosofía, fue el intento del círculo de Viena de luchar contra Heidegger en nombre de la ilustración con los medios de la filosofía analítica del lenguaje. Jean Améry escribió luego: “con Carnap uno se podía burlar muy bien de Heidegger”, pero “el sinsentido habla un lenguaje más poderoso que el sentido”. Por eso sería completamente inadecuado reemplazar una cátedra de fenomenología con un puesto, igual cuán dotado, de filosofía



del lenguaje³, no solo porque las más recientes publicaciones de las obras de Heidegger exijan urgentemente la discusión, sino porque muchos buscan en Heidegger lo que no encuentran en el vacío de los analíticos del lenguaje.

Suficiente sobre política de instituciones superiores; las consecuencias de las últimas revelaciones de Heidegger tienen mucho más alcance. Es tiempo de decidir si podemos apoyar la modernidad – incluyendo sus posibilidades de autocritica y transformación–. Esto no significa ni una recaída en la nostalgia premoderna (“antes todo era mejor, hoy somos decadentes”) ni el encogerse de hombros de la posmodernidad (“también la decadencia es una categoría como cualquier otra que ya hayamos deconstruido”). Hay solo tres posibilidades: guardar luto a la premodernidad, aprobar bostezando la postmodernidad, continuar la modernidad de manera crítica. Este último es el único camino que permite la esperanza de alguna forma de progreso. Heidegger no era el único que afirmaba pensar algo completamente nuevo, pero la vieja nostalgia antimoderna se filtra a través de cada una de sus líneas. Apostemos que Nietzsche lo hubiera contado entre aquellos que “enturbian sus aguas para que parezcan profundas”.

3 Tras el escándalo que provocó la publicación de *Los cuadernos negros*, incluso disputas entre el antiguo y el nuevo editor de las obras de Heidegger, la Universidad de Friburgo –donde estudió, enseñó y de dónde fue rector Heidegger– se propuso una reorientación: convertir la cátedra que ocupó Martin Heidegger (y antes Husserl y Rickert) en una cátedra junior de lógica y filosofía analítica. Las protestas a la propuesta no se hicieron esperar y este cambio no tuvo lugar (N. del T.).